

La decadencia hispano-italiana. ("La Nación", Buenos Aires (R. A.), <sup>Recogido en "De esto y de aquello" I</sup> <sup>enero</sup> 1917).



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

## LA DECADENCIA HISPANO-ITALIANA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1916.

Al hablarlos, en mi correspondencia anterior, del libro de Benedetto Croce sobre España en la vida italiana durante el Renacimiento,—«La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza»—os decía que se presta a reflexiones sobre la decadencia española. La conclusión del libro de Croce, su ensayo o capítulo XII, versó sobre la decadencia hispano-italiana, la que empezó ya en el siglo XVII. Mas antes conviene referir aquí otra cuestión que suelen referir aquí los que estudian y cultivan la historia como una abogacía, o como un arsenal de donde extraen armas para luchas políticas del presente. Es la cuestión de si el dominio de un país sobre otro fué o no beneficioso a éste.

Hablando del dominio de España sobre Italia en aquellos siglos, escribe Croce así:

«Que si ahora se preguntase si este triunfo y dominio fué un bien o un mal, nos convendría responder que la respuesta fué ya dada por la nueva conciencia italiana que lo consideró como oprobio y abyección, pero que, por esto mismo, esta respuesta ha sido ya impífitamente negada por la historia, la cual no puede juzgar con el sentimiento de la nueva conciencia italiana, de los italianos del Resurgimiento, sino que hay que transferirla a la Italia del Renacimiento. Y puesto que Italia no pudo entonces, por causas conocidas, constituirse en estado unitario nacional; puesto que las mudadas condiciones de Europa no le permitían continuar viviendo como en los siglos XIV y XV; puesto que era necesario que saliese de cualquier manera del municipalismo de la tardía Edad media y se viese cuajando en la forma de las monarquías modernas; el dominio de España le fué, entonces, el mayor bien o el menor mal, según quiera decirse. España empezó a recoger los estados en grandes masas; España ordenó en cierta medida las fuerzas y concurreó con sus milicias a defenderla contra el peligro turco; España reprimió la anarquía de la vida italiana, abatió a los turbulentos barones y señoruelos que no conocían sino los intereses de sus casas, y con su dominio, con su hegemonía, hasta con las oposiciones que suscitó, vino formando y preparando en los italianos ciertos sentimientos de devoción al rey y al estado, que no

dejaron de tener eficacia sobre el futuro desenvolvimiento civil y político. Italianos fueron y a Italia sirvieron aquellos tantos italianos que sirvieron al gobierno español y derramaron su sangre sobre todos los campos de Europa, estimándose así no traidores sino fieles a su patria. Cierta que aun entonces, en la primera mitad del siglo XVI, no pocos oponían Italia a España, pero o eran vanos añoradores del tiempo pasado, de la vida que se llevaba en tiempo de los italianos y no de los franceses y de los españoles» (Aretino) o utopistas, casi vaticinadores, como el grande autor de la exhortación a libertar a Italia «del dominio bárbaro, Nicolás Maquiavelo, o retardatarios partidarios de Francia contra España, dos nombres que perduraron largo tiempo como símbolos de opuestas simpatías políticas. Los momentos que parecieron más propicios para libertar a Italia de los españoles y devolverla a los italianos, como el memorable año 1526, pasaron sin efectos porque en Italia faltaba la fuerza moral para aquella empresa, y fracasaron miserablemente las varias posteriores tentativas de Burlamacchi en Toscana, de los Plescos en Génova, del príncipe de Salerno en el Reino, de los desterrados florentinos en Siena: tentativas que contaban casi todas con la ayuda de Francia, como sobre ello contaba el papa antiespañol por excelencia Pablo IV. El cual, hasta él, invocando la libertad de Italia,—esto es, los extranjeros echados de la tierra italiana y la ninguna preponderancia de un estado italiano sobre los otros—echaba de menos «la antigua armonía de esta provincia en cuatro cuerdas: la Iglesia, la Serenísima, el reino de Nápoles y el estado de Milán»; y maldecía a las almas infelices de Alfonso de Aragón y de Ludovico Sforza, que fueron los «primeros en estrópear tan noble instrumento de Italia». Y se oponía particularmente a España porque «de la experiencia de las cosas pasadas» se sacaba que «los franceses no sabían ni podían detenerse mucho en Italia», donde «la nación española es como la grama, que donde agarra allí se queda» y poseyendo ya tanta parte de Italia «deseaba también el resto». Pero la grama se agarraba tan firme porque era vigorosa y el terreno adecuado; y la «antigua armonía de Italia», la lira de cuatro cuerdas, estaba para siempre rota, y pertenecía al pasado al pasado que no torna.»

Hasta aquí la cita de Croce.

Pablo IV, a mediados del siglo XVI.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES





creía que la nación española es como la grama, que donde agarra allí se queda. ¡Cuán de otro modo pensaría hoy si resucitase! Y precisamente el que se haya podido arrancar la grama española de los suelos a que se había agarrado ha sido la principal causa del cambio de juicio,—o más bien prejuicio—y de actitud de muchos frente a esta nación española.

En una nota al pasaje que he traducido y citado (pág. 239) trae Croce los testimonios de que los nombres de español y francés simbolizaron en la Italia de los siglos XVI al XVIII dos opuestas simpatías políticas. «Franceses» y «españoles» se hicieron nombres de partidos locales en las ciudades italianas. «No hay que mezclar España y Francia» es un proverbio que cita el ilustre folklorista Bitó, y en este proverbio vibra un eco, según advierte Croce, de la vieja secular división. Corro el tiempo, estalla a fines del siglo XVIII la Revolución francesa, la grande, la gloriosa, la liberadora, y todos los amantes de la libertad en los pueblos todos se vuelven hacia ella. Mas bien pronto la

Revolución cae en la anarquía tiránica—o en la tiranía anárquica—y contra ella se vuelven los más nobles espíritus que fuera de Francia, saludaron alborozados su aurora. Y cuando el imperialismo napoleónico, habiendo dominado la anarquía tiránica jacobina empezó, a nombre de la gran Revolución, a oprimir y tiranizar a los pueblos europeos, pisoteando sus independencias y tratando de renovarlos por la fuerza, hubo un momento en que España, sublevada contra el todopoderoso conso, luchando por su independencia, fué el símbolo de la libertad de los pueblos. Entonces el poeta inglés Wordsworth, que empezara cantando a la gran Revolución, cantó en algunos de sus inmortales sonetos a España heroica. Y en Italia fué España símbolo de independencia que se defiende. Y nuestra constitución de 1812, la gran constitución liberal que fraguaron las gloriosísimas cortes de Cádiz—con la colaboración de diputados americanos, de las entonces colonias españolas—esa constitución fué la enseña de no pocas revoluciones de estados italianos. Lo que puede verse entre otras obras históricas en la de Alfredo Oriani «La lotta politica in Italia», cuya lectura he intercalado estos días con la de Croce. Y así España, en su época liberal, cuando peleó contra el imperialismo, cuando se revolvió contra una hegemonía prepotente, gozó de las simpatías de los espíritus generosos de toda Europa.

Que cuando España ha sido execrada en Europa lo ha sido más que por su prepotencia por sus tendencias reaccionarias. Reaccionarismo que aplicaba con tanto o más rigor dentro que fuera de sí. La Inquisición española fué más dura en España misma que fuera de España. No se puede culpar a España en una doble medida. Y si azotó a otros pueblos, se azotó a sí misma con bárbara fruición ascética.

Al tratar Croce de la decadencia hispano-italiana sostiene que no fué España la causante de la decadencia italiana, sino que ambas decayeron por análogas causas. Desde mediados del siglo XVI hasta comienzos del XIX faltó en Italia toda vida política y sentimiento nacional, la libertad del pensamiento se agotó, empobrecióse la cultura, la literatura se hizo amanerada y grosera, las artes figurativas y arquitectónicas se abarcaron. Y de esto se ha querido culpar a España. Y contra este juicio de culpa se pronuncia Croce.

«El que quiera entender la calidad y las razones de lo que se ha conve-nido en llamar decadencia italiana— escribe Croce—tiene la obligación estrechísima de librarse del fantasma de una España fuente de iniquidad y corruptora de una Italia incorrupta, porque esta concepción es lógicamente absurda, no habiendo influjo que pueda ejercerse donde no hay un ánimo dispuesto a acogerlo y elaborarlo y devolverlo a su vez potenciado y más o menos profundamente modificado. Y que España no representase una potencia enemiga y maléfica queda demostrado por la conciencia de los contemporáneos que en su generalidad estaba satisfecha y hasta orgullosa de que Italia estuviese unida a España». De lo que Croce aduce pruebas. Y añade luego: «La verdad acerca de la vida de aquellos siglos hay que buscarla por otra parte, o sea en reconocer que Italia y España eran ambas, en aquel tiempo, países en decadencia». Y aquí disertaría Croce con su concisa preclión acostumbrada sobre la decadencia española, ya que España se retardó en la edad media «medievales eran sus ideas, aquellas ideas de que viven los

pueblos, su religiosidad era superstición, su sentimiento monárquico devoción al señor, y no sabía qué hacerse con la ciencia y la filosofía»

«De aquí la impropiidad—dice luego—de figurarse como una eficaz maléfica ejercitada por España sobre Italia lo que fué analogía o comunidad del proceso histórico, a lo largo del cual es cierto que España dió, pero también recibió, e Italia dió y recibió a su vez». Y sigue una compendiosa y densa exposición de esta reciprocidad de decadencia común. «Era una decadencia—dice—que se abrazaba a una decadencia».







Concluye Croce la conclusión de su libro con estas notabilísimas palabras: «Espero que alguien querrá dibujar y colorear en sus particulares y según la verdad el cuadro del influjo de España en Italia desde mediados del XVI a fines del XVII, persiguiendo, además las varias huellas de españolismo que duran en la Italia del siglo XVIII. Es una investigación por hacer, indispensable a la historia de la muerte de la vieja Italia y de la génesis de la nueva; indispensable a la historia misma de España y de toda la Europa meridional y católica. Y quien se ponga a esta rebusca, de seguro que no querrá por la comunidad y las analogías del proceso histórico perder del todo de vista las persistentes diversidades entre los dos países. Porque si en aquel enflaquecerse de la vida práctica, en aquel vaciarse de la vida intelectual, España, que había sido militarmente

tan fuerte, pudo todavía conservar largo tiempo la fama de sus ejércitos y sobre todo de su infantería y sus virtudes y aptitudes militares, y, pueblo de heroica tradición, hacer valer hasta más allá de mediados del XVIII, junto a la literatura cortesana, y mezclada con ella, la escueta inspiración popular y nacional, que tuvo la última forma en el gran florecimiento de la poesía dramática. En compensación, Italia, entre las trivialidades de su vida, conservó algo de alto y viril en la obra del pensamiento, ante todo de los grandes filósofos súbditos de España, Bruno, Campanella y Vico, y después en la ciencia positiva y natural de la escuela de Galileo, y en sus juristas y jurisdiccionalistas sostenedores del Estado contra la Iglesia, y en sus técnicos y literatos que se esparcieron por el extranjero, mientras daba con el poema del Tasso, con la poesía pastoral, idílica y erótica, con la obra musical, con sus escuelas de pintura y de escultura y de decoración del siglo XVII, la última forma de la poesía y del arte del Renacimiento, singularmente atractiva a menudo en sus colores otoñales, y herida acá y allá por algún relámpago del porvenir. Y la fe en el pensamiento, tan tenaz en Italia, le hizo posible acoger, siendo políticamente sierva, antes que su dominadora el nuevo impulso de cultura, el racionalismo, que venía de Francia; y desenvolver, antes y más felizmente que aquella, todas las consecuencias hasta prácticas y políticas, reformísticas y revolucionarias; demostrando que mientras España en el siglo XVIII yacía aún exhausta y como amañada, Italia resurgía ya, en el gobierno de los estados, en la economía, en la ciencia, en la literatura y comenzaba a despertarse o más bien a formarse en ella, por virtud del pensamiento, el sentimiento nacional unitario, que durante el dominio español no estuvo siquiera oprimido porque de hecho no existía.

Así termina Benedetto Croce este libro escrito con un tan claro y penetrante conocimiento de las cosas de

España y de su historia, y por lo tanto con tan verdadero amor a nuestra patria.

Leyendo el cual libro he pensado muchas veces en las investigaciones que espíritus serenos y de verdadero sentido histórico prosiguen hoy acerca de la obra de España en América y en las que fueron sus colonias. Porque también aquí hay que saber leer los documentos y testimonios para ver la relación espiritual que mediaba entre los españoles de España y los españoles de América, puesto que españoles, de raza y de sangre y de espíritu, fueron la inmensa mayoría, la casi totalidad de los próceres de las independencias americanas. He dicho más de una vez y volveré a repetirlo, que nadie acaso exaltó más el espíritu español en el mundo de la acción que lo exaltó Bolívar, ni nadie más en el del pensamiento que Sarmiento, y que cuando más lo exaltaron es cuando pelearon aquél con su espada y éste con su pluma, contra España. Y así como no puede culparse a España de la decadencia italiana, así también es algo disparatado — «cervellotico», que diría Croce— atribuir a herencia específicamente española los males de las naciones americanas de lengua española. Es éste un cómodo expediente para salir del paso.

Del cual triste expediente, hijo cuando no de peores pasiones, por lo menos de la pereza de estudiar y pensar, no estamos libres—¡qué hemos de estarlo!...—los españoles de hoy. No hace mucho que el formidable caricaturista Bagaría publicaba en el semanario «España» una caricatura rebosante de tremenda amargura. Era dos «aficionados»—es decir: dos aficionados a corridas de toros—en cuyos rostros, ferozmente animalizados había acertado a expresar el artista toda la ógrea mentalidad del genuino troglodita aficionado a la tauromaquia; en el fondo el ruedo de una plaza de toros y en ella un picador sobre un lamentable jamego—al que Zuloaga llamó «el héroe de la fiesta» y Guerra Junqueiro «el Cristo de los caballos»—arrastrando sus ensangrentadas tripas y uno de esos llamados monosablos, arreándole. Y al pie esta terribilísima sentencia: «Desengañate, Celipe, Francia e Inglaterra tienen la culpa de nuestro embrutecimiento».

¡Cuánto de esto se oye hoy por aquí!... Que si en Italia fué para algunos escritores cómodo el atribuir a la influencia española la decadencia y servidumbre políticas de Italia desde el siglo XVI al XIX, aquí es muy común hoy el que se dé en atribuir a influencia y presión francesas e inglesas, sobre todo inglesa, nuestra decadencia. Se ha hecho un lugar común entre nuestros trogloditas, echar a Inglaterra la culpa de los males todos de España desde el siglo XVII hasta este siglo XX. Para ello falsifican la historia con la mayor impudencia.

Pero de esto hay que tratar algo más despacio.

MICHEL DE UNAMUNO.

115u  
12

18

18

